

¿Decir, decir menos, no decir o decir otra cosa? Análisis de los nuevos discursos mediáticos en una era digital

Diego Antonio Roque Ramírez

El relato «Polemistas», atribuido al argentino Luis Antuñano, presenta una curiosa situación en la que unos analfabetos discuten sobre escritura y fonética. Uno de ellos declara que es imposible escribir la palabra ‘trara’, y otro le contradice argumentando que todo lo que se habla puede escribirse. Este se la juega apostando una copa para todos los presentes, y al final logra dibujar unos garabatos que son entendidos, en efecto, como dicha palabra.¹ Ahora bien, lo interesante del microcuento, para el fin de este ensayo, no es preguntarse cómo el personaje logró escribir una palabra sin tener los recursos para hacerlo, si se valió únicamente de su capacidad de habla, sino en que consiguió precisamente, ya que los demás tenían la misma condición analfabeta, que se convencieran de que lo escrito en el suelo era la palabra: ‘trara’.

La anécdota invita a la reflexión de las posibilidades de la comunicación aun cuando se está comunicando sin ser precisamente lo que en específico es, o la infinidad de alternativas para hacerlo bajo cualquier tipo de circunstancia. Ante la aceleración que han tenido los medios de comunicación con el progreso de las TIC, inevitablemente, se ha visto una rápida transformación en las formas de ver al mundo y, por supuesto, para comunicar esos cambios. Es un fenómeno que se ha visto desde siempre; no por nada las palabras cambian y los medios de escritura y lectura también lo hacen. La diferencia es la velocidad que han tomado actualmente. En un diálogo entre Roger Chartier y Carlos A. Scolari se expone una preocupación al respecto: «nunca el soporte de la escritura y de la lectura estuvo separado de un contenido textual particular».²

A esta novedad, culpable de las perplejidades de hoy en día, se le atribuye a un fenómeno denominado hipertextualidad, lo cual es un puente de múltiples enlaces a distintas fuentes de información. Aunque también se le puede adjudicar ahora otro suceso, que es una apresurada fragmentación de los discursos mediáticos. No de otro modo es que nos encontramos ante nuevas formas de leer y de decir las cosas, formas que son más reducidas y que tienden a entenderse como «microficciones»; medios denominados como nano o micromedios por las Ciencias de la Comunicación; es decir, «todo medio focalizante de reducida escala que con gran efecto y eficiencia se dirige a un público “prosumidor” y es difundido de forma tanto digital como aná-

¹ Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Cuentos breves y extraordinarios*, p. 79.

² Roger Chartier y Carlos A. Scolari, *Cultura escrita y textos en red*, p. 23.

loga».³ Ante esta perspectiva, una de las cualidades más significativas que este cambio trajo a las nuevas generaciones fue convertir a casi cualquier persona, sin importar el contexto social que viva, en consumidor y productor, y por lo mismo, las posibilidades que este estallido mediático ha traído brindan la capacidad de jugar con ellas y adaptarlas para una comunicación más eficaz. Y, en definitiva, uno de los casos más presentes es, precisamente, la reducción y variación de esa comunicación.

No se trata de algo nuevo, por supuesto. Es parte de esa naturaleza comunicativa de una lengua en constante funcionamiento. A veces no es necesario decirlo todo, o siquiera decirlo, o decirlo con palabras. Por tomar un ejemplo muy sencillo, si a una persona le preguntas la definición de la palabra 'desmenuzar', lo más seguro es que haga una mímica de estar desmenuzando con los dedos, y tú ya habrás entendido la respuesta incluso antes de que sea expresada con palabras.

Pues bien, el mismo caso, aunque de un modo muy distinto, ha ocurrido con las nuevas alternativas digitales que esta «fragmentación del texto» nos ha traído. Medios los hay muchos: *tuits*, blogs, espacios para la difusión de obras o investigaciones, notas informativas y otro tipo de foros de internet. Por otro lado, existen espacios más relacionados con las redes sociales que si bien juegan más roles, siguen alimentando un perfil con «microhistorias»: historia y notas de Instagram, pensamiento del momento en Facebook, chats en WhatsApp, etcétera. Y lo que estos medios han demostrado es que se puede incitar a las personas a decir mucho con menos, o decirlo con otras palabras o de diferentes maneras. Es, quizá, el caso más grande y notable de fragmentación y reducción del texto en los discursos. Solo hace falta entrar a cualquier rincón de internet y observar los miles y miles de datos de lo que se transmite a través de las redes sociales, que no suelen ser más largos que cien palabras. Precisamente allí nace la sorpresa de poder relatar toda una obra literaria en un solo *tuit*, o de crear historias y palabras con emojis que, en el momento de ser observados, asimilamos en un proceso cognitivo e imaginativo, y los

³ Rike Bolte, «Difícil diminuto», p. 250.

interpretamos. Un chico le puede demostrar a una chica que le parece atractiva no solo diciéndolo: a veces solo un par de emojis hacen falta, o también podemos pensar en las tantas cosas que puede decir uno a otro con solo un *like* en una publicación. Ahora podemos transformar un poco el ejemplo que antes había dado con la pregunta de cuál es la definición de desmenuzar. Pongámoslo así: si antes de todo este *boom de la microficción*, como lo llama Scolari,⁴ podíamos acercarnos a un amigo y contarle el mejor chiste que habíamos memorizado, hoy en día no hace más falta que decir: «¡Oye, mira este meme!», y acercarle la pantalla para que lea, interprete y capte la idea de lo que nos causó tanta risa. Cabe recalcar que esta selección no es eventual en la mayoría de los casos; querer mostrar esa broma en específico a esa persona en específico inevitablemente tuvo que haber llevado antes un reconocimiento mutuo en el que se previó que esa persona entendería nuestro sentido del humor. Evidentemente, esta selección se sustenta un contexto y circunstancia muy específicos, que sin pensarlo lo hacemos.

Al final, a lo que invita este tipo de alternativas es a cada vez más construir una gran ficción en estos nuevos medios a partir de decir menos, como si se tratase de algún tipo de juego. Se crea lo que se conoce como inteligencia colectiva, en un dar y recibir información sin acabar, como plantea Bolte.⁵ De ahí nace una de las mayores preocupaciones respecto a esta reducción del discurso en su diálogo. Chartier y Scolari proponen, y eso es la simplificación, superficialidad, los enunciados arbitrarios.⁶ Esto crea una relación entre fragmento y totalidad que puede causar que

[...] los fragmentos adquieran una autonomía tal que, finalmente, ya no serían «fragmentos» de una totalidad preexistente, sino unidades textuales separadas que se pueden juntar, yuxtaponer, mover, separar, citar, usar, sin que se plantee la cuestión de saber cuál era su papel en una totalidad de la cual fueron extraídos.⁷

⁴ Cfr. Chartier y Scolari, *op. cit.*, p. 58.

⁵ Cfr. Bolte, *op. cit.*, p. 253.

⁶ *Ibidem*, p. 64.

⁷ *Ibidem*, p. 62.

En contraste con lo anterior, habría que preguntarse si realmente este fenómeno es el resultado de lo que en el diálogo se llamó «el fin del ciclo de la cultura del Iluminismo», en el que el libro se veía con cierto prestigio sobre todo lo demás, como objeto central de su práctica y discurso. ¿Rechazar o aceptar los nuevos medios del discurso que suelen implicar una escritura y lectura polifónicas?

Basta mirar al pasado para dar cuenta de que no es un fenómeno nuevo. En el pasado se escribía sobre losas de piedra para conservar lo mejor posible los escritos, y antes se utilizó el papiro o pergamino, y tras muchos años de evolución, a los nuevos medios que empleamos nosotros. Y, en efecto, las palabras y los discursos eran muy distintos a los que se emplean en la actualidad.

En retrospectiva, esta nueva comunicación mediática no supone ningún peligro, si se le puede considerar así, en aquello que consideramos es el texto y, en suma, el libro. En primer lugar, al libro se le tiene cierta preferencia aun sobre cualquier otro medio, una especie de prestigio. ¿Es que no incluso los autores que se autopublican en plataformas como Wattpad (otro gran fenómeno de estos nuevos recursos digitales) aspiran a ver su título en los estantes de las librerías?

Y, en segundo lugar, esta fragmentación no ha sido más que resultado de un proceso natural, si bien algo más acelerado de lo usual, de la comunicación humana, la cual evoluciona a la par con nuestra especie, adaptándose a cada nuevo mundo que debe afrontar. Ante nuevas impresiones, necesitamos reconstruir cada cierto tiempo una nueva realidad, y, según el libro *Eligio de la (in)comunicación*, «llamamos realidad al resultado de la comunicación, que es producto de nuestros alcances culturales y de nuestra buena o mala fe».⁸

Lo que presentaba el relato al principio de este ensayo era una situación de un personaje que, al no contar con las habilidades para escribir e interpretarlo, creó tal vez una nueva palabra para llamar aquello que intentaba demostrar. En nuestra cultura, estamos ante una masiva avalancha de información que hemos de transformar y aprovechar

tanto como esas capacidades comunicativas nos dan la posibilidad; es incluso un gran paso que podría innovar nuevos géneros narrativos y nuevos enfoques al estudiar la comunicación humana. Tal y como advertía Chartier, no debemos caer en las lecturas erróneas del pasado que nos hacían estigmatizar lo nuevo, lo desconocido.⁹

En conclusión, la fragmentación de los textos y la hipertextualidad en la era digital representan un cambio profundo en la forma en que consumimos, interpretamos y producimos información. La digitalización ha transformado la estructura de los textos y las relaciones entre los diversos fragmentos de contenido, creando redes de significado que desafían las narrativas lineales tradicionales. Este nuevo paradigma ha abierto puertas a una mayor interactividad, personalización y acceso inmediato a la información, pero también ha generado retos en cuanto a la concentración, la profundidad de la comprensión y la veracidad de los contenidos. En este contexto, la capacidad crítica del lector se vuelve más esencial que nunca, ya que navegar entre fragmentos, enlaces y medios digitales exige una constante capacidad de evaluación y contextualización. Así, la fragmentación y la hipertextualidad no solo transforman la forma en que leemos, sino también cómo pensamos, aprendemos, creamos y nos relacionamos con el conocimiento en un mundo cada vez más interconectado y colectivo.

Fuentes

Bolte, Rike, «Difícil diminuto: midiendo el impacto de la microficción en el contexto de una tipología general de lo micromediático», en Ette, Ottmar, Dieter Ingenschay, Friedhelm Schmidt-Welle y Ferran Valls i Taberner (coords.), *Microberlín: de minificciones y microrrelatos*, Iberoamericana Vervuert, Madrid, 2015, pp. 249-264. Borges, Jorge Luis, y Adolfo Bioy Casares. *Cuentos breves y extraordinarios*, Océano, 1998. Chartier, Roger, y Carlos A. Scolari. *Cultura escrita y textos en red*, Gedisa, Barcelona 2019. Muñoz, Mónica Muñoz. *Elogio de la (in)comunicación*, Taberna Librería Editores, Zacatecas, 2024.

⁸ Mónica Muñoz Muñoz, *Elogio de la (in)comunicación*, p. 60.

⁹ Cfr. Chartier y Scolari, *op. cit.*, p. 90.